

NORMAN SPINRAD

PEQUEÑOS HÉROES



Pequeños Héroes muestra la panorámica de un posible futuro próximo. Millones de personas viven en las calles. La ciudad está llena de vigilantes armados, de vagabundos que se alimentan de la Beneficencia y de cabezas quemadas por la última droga electrónica. En algún momento del proceso, el rock and roll perdió su alma... o se la vendió a una megacorporación dedicada a lanzar éxitos sintéticos a partir de la investigación del mercado. El mundo ha empezado a acercarse demasiado al abismo. Ahora, tanto en las torres más altas del sector empresarial como en los bares de ligue y las calles tenebrosas, se está asentando una situación explosiva. Y un puñado de gente, por motivos diversos y acuciantes, trabajan en su favor.

*El trascendentalismo está muy bien, pero
¿cómo relacionas todo eso con lo que ves en el
metro?*

DONA SADOCK

LA VIEJA LOCA DEL ROCK AND ROLL

Glorianna O'Toole había visto tiempos mejores y peores.

En los ocasionales momentos estelares de su carrera, se había inclinado hacia las tendencias de Pearl, los Airplane y Springsteen, e incluso había sacado dos álbumes en solitario, aunque ninguno de ellos se había acercado, ni a años luz, al disco de oro.

En varios nadieses kármicos se había rebajado a traficar con ácido en el Haight, había estado dos años enganchada con las anfetaminas y se había visto forzada a grabar canciones en anuncios baratos de televisión.

Entre los altibajos, que es lo mismo que decir la mayor parte de sus cuarenta años como cantante de rock and roll, había hecho acompañamientos en más álbumes de otra gente de los que quería recordar ahora, había emprendido una serie interminable de giras por pequeñas ciudades del universo y, a pesar de que le había costado mucho tiempo no seguir esperando algo mejor, ¿quién podía negar que había sido una inmensa gozada?

Con toda seguridad, no la que se autodenominaba la Vieja Loca del Rock and Roll y ahora circulaba por la autopista en su viejo y enorme Rolls-Royce descapotable.

Había tenido suerte al quedarse con el coche como pago de la deuda de un asunto de coca jodido por una estrella del rock, cuyo nombre no es necesario mencionar, que era su amante a veces y jamás sería su cómplice de nuevo, y que la cargó con el muerto. Con el paso de los años e in-

gresos de aquí y de allá, había utilizado sus encantos para hacerlo restaurar cuidadosamente a precios rebajados por los mejores del ramo. Ni siquiera era un descapotable en sus comienzos. Esto lo había hecho Sam Perry, como regalo sorpresa de cumpleaños, para que superara la depresión del paso de los treinta y cinco. Con el tiempo, y a sus propias expensas, había ido sustituyendo poco a poco todo el metal por bronce macizo. Las diversas restauraciones de la pintura debieron de costarle miles de dólares durante los últimos diez años; pero ¿cómo iba a cubrir con una capa de esmalte tal obra de arte?

Una tarde loca, conectó con un trío de artistas de graffiti de Nueva York para tomar mezcalina por primera vez en su casa de madera de Laurel Canyon. En dos horas, y con sus botes de spray, convirtieron el Rolls en su obra maestra; cosa no muy sorprendente, si se tiene en cuenta que en aquellos tiempos uno de esos tipos era capaz de decorar un vagón del metro en treinta minutos.

Pero, incluso entonces, el Rolls de Glorianna había sido un trabajo único, un digno homenaje al arte perdido; porque allí, a la sombra del eucaliptus, desde donde se veía el Pacífico tras la ciudad de Los Ángeles en un día claro, aquellos tres refugiados de Manhattan se habían sentido impulsados a crear lo que podía haber sido el único ejemplo de graffiti pastoral en el mundo: un fantasmagórico y estilizado arabesco de montañas, mar, y crepúsculo, mezclado con el destellante paisaje urbano bajo una noche estrellada. Todo fue pintado en llamativos tonos azules y verdes, y no faltaban remolinos de neón ni el rótulo dorado de Hollywood en las puertas delanteras.

Por otra parte, la cadena de estéreo era una manifestación mucho más reciente de sus actuales medios ectoplas-máticos de soporte. Ella se lo había sugerido a Tod Benjamin cuando él era aún presidente de Muzik, Inc., estando en la cama, pero a cambio de ciertas sustancias necesarias para potenciar al máximo la capacidad sensitiva.

Glorianna tenía escrúpulos respecto al tráfico habitual de drogas. Su larga experiencia le había enseñado que la paranoia del negocio era muy negativa para la psique, y la moralidad insistía en que la participación en los beneficios obscenos que se habían producido durante los últimos veinticinco años era veneno kármico para el alma. Pero si estaba en su mano atender alguna necesidad sin convertirse en una avariciosa, bien podría considerarse que era su buena obra del día, y valía la pena conseguir un regalo con cargo a los beneficios de la Factory.

Glorianna había sido un gancho apetitoso cuando llegó al Haight en el sesenta y seis, una reina sexy del rock and roll en su larga juventud, una tía buena en la flor de su madurez; y ahora, con la voz honrosamente retirada hacía mucho tiempo y su físico convertido en pelo gris y arrugas, la Vieja Loca del Rock and Roll se las arreglaba con su marcha y sus contactos.

Y más de cuarenta años en el rock and roll había suavizado su incierto retiro como cantante. Aunque parecía formar parte del convenio kármico que ninguno centrara su interés en ella más de un año o dos, una tía que estaba como un tren, que a veces actuaba como cantante solista y sabía cómo hacer música, había podido escoger a sus amantes a lo largo de su cuarta década; y aunque ninguno se había quedado con ella definitivamente, en su inmensa mayoría continuaban siendo amigos suyos.

E inevitablemente, puesto que había conocido a tantos del mundillo musical y todos ellos hacía tiempo que habían alcanzado la madurez, muchos estaban situados en lugares desde donde podrían ayudarle en sus iniciativas de supervivencia.

Así que, si bien los años dorados de Glorianna no fueron muy productivos financieramente, al menos le habían proporcionado relaciones. Había cancelado la hipoteca de la casa hacía tiempo, el Rolls era suyo por completo, se aseguraba de tener más invitaciones para cenar de las que

podía aceptar, durante veinte años no había tenido que pagar ni un céntimo para emborracharse, y tenía acceso instantáneo a la lista de asistentes de todos los clubes y conciertos del universo conocido. Por tanto, para lo único que necesitaba dinero era para gasolina, ropa, artículos de necesidad cotidiana y tónicos del metabolismo.

Para reponer algunas de esas cosas se dignó a aceptar una entrevista con Billy Beldock en la Muzik Factory. Porque, aunque odiaba casi todo lo que Muzik, Inc. le había hecho al rock and roll, ni siquiera la mismísima Vieja Loca podía permitirse el lujo de rechazar una oferta para hablar de negocios con el nuevo presidente, de atravesar la puerta giratoria del monstruoso conglomerado que había llegado a dominar de forma absoluta el negocio de la música.

Glorianna dejó la 405 en la salida de Wilshire y siguió el río de tráfico que se dirigía al este, entre las acostumbradas miradas de asombro, hasta llegar a la Musik Factory, que se hallaba a un par de manzanas tras el Westwood Boulevard.

Era una torre de veinte pisos de cristal, del mismo color que el de las gafas de un policía motorizado. En las cuatro esquinas se alzaban columnas de vidrio con las tonalidades del arco iris para formar en la parte superior un falso techo de pagoda que sostenía el logotipo de la Factory, «Muzik», escrito en oro bajo las notas de un pentagrama. Por la noche lo inundaban todo de rayos láser, de modo que a Glorianna le recordaba una antigua máquina de discos de la mafia en un sórdido bar del Valle.

A ella le parecía que era una imagen adecuada para Muzik, Inc.

Porque si bien nadie podía acusar a Muzik, Inc. de pertenecer a alguna banda de gángster sicilianos o de nipones de Yokohama, no cabía duda de que los nipones y los mafiosos podrían aprender algo de la Musik Factory sobre ruindad profesional.

Muzik, Inc. prensaba el cuarenta y cinco por ciento de los videodiscos vendidos en los Estados Unidos, la mayor

parte de ellos a través de su propia cadena de almacenes Muzik extendida por todo el territorio nacional. Había clubes Muzik en Nueva York, Los Ángeles, Nueva Orleans, Chicago y San Francisco. Tenía una serie de emisoras de televisión musical, que cubrían el país, emitiendo sus productos las veinticuatro horas del día. Era en el negocio de la música lo mismo que IBM en la industria informática o McDonald's en el negocio de las hamburguesas grasientas y, de alguna forma, conseguía evitar que actuara lo que quedaba de la división antimonopolio del Departamento de Justicia. Empleaban a gente, ¿no es así?

Glorianna mostró su pase permanente, aparcó en el garaje subterráneo y tomó el ascensor rápido hasta el piso veinte. Incluso allí había una pantalla y altavoces cuadrangulares que la sometían a la alimentación nacional por satélite de Muzik, un mastodonte de plástico y metal con una tonelada de arrogancia e intransigencia bajo la superficie y una cuenta de beneficios por alma.

Oh sí, Muzik, Inc. tenía la mayor nómina en el negocio de la música, con mucho. Es seguro que empleaba a más gente de lo que le hubiese gustado. Empleaba a técnicos para programar los robots de producción en sus fábricas de discos, empleaba a *barman*, mantenedores del orden, camareras y personal semejante en los clubes, y empleaba a cinco especialistas y un pequeño equipo de trabajadores para transmitir la producción de Muzik a su satélite y quizás a otros cien para manejarla en las estaciones de televisión en la otra punta.

Pero, en especial, empleaba a gente que fabricaba esa mierda.

No empleaba a bateristas, pianistas o guitarristas, ni a ninguna otra clase de músicos. En su lugar empleaba a magos del VoxBox que podían sustituir a grupos, orquestas e incluso a vocalistas, con un teclado, un vocoder y una caja negra llena de artilugios mágicos.

Empleaba a batallones de psiquiatras y antiguos impulsores de guerra psicológica del Pentágono para crear situaciones que sus compositores a sueldo y mercenarios del VoxBox pudieran plasmar en versos y música, empleaba a equipos de productores y técnicos de sonido para grabar el audio y, de vez en cuando, incluso a cámaras para rodar algunos metros de película con imágenes que sus empleados no podían conseguir de los bits y bytes o del metraje que tenían en stock.

Y naturalmente Muzik, Inc. ofrecía oportunidades sin fin a los relaciones públicas, expertos de mercado, analistas demográficos, pinchadiscos y «consultores», que eran los beneficiarios de las gangas; y entre ellos, hay que admitirlo, se hallaba la misma Glorianna.

El lema omnipresente de Muzik agredió a sus ojos cuando las puertas del ascensor se abrieron en el piso veinte. Incluso allí arriba, las letras doradas se destacaban en la pared de enfrente, como si nadie en la Muzik Factory, y especialmente su cabeza visible del momento, quisieran olvidarlo: «¡MUZIK es Música!».

¡Quizá! —pensó Glorianna amargamente—, pero desde luego ¡no es rock and roll!

La cabeza visible del momento, Billy Beldock, estaba sentado en el trono de piel negra del gran despacho de la esquina, con el aspecto deprimido de un hombre a la espera de que lo echen de allí en cualquier instante.

Glorianna, con el paso de los años, había visto a muchos en el sillón de piel negra tras del gran escritorio barnizado en gris oscuro, y durante todos esos años poco había cambiado el despacho del presidente.

Dos ventanas horadaban las paredes, y ambas parecían pinturas colgadas en ellas. Una mostraba el eterno sueño de Hollywood, con sus casas, condominios, y villas luminosas y destellantes en las colinas; la otra se abría sobre el extenso barrio de la parte baja de Los Ángeles cubierto por un manto de polución, donde la mayoría de la gente de la

ciudad luchaba por sobrevivir, un inmenso y decoroso suburbio a la vista de la ciudad elevada. Era como si les dijeran a todos los que entraban allí: ¡Adelante muchacho!, pero no olvides que, por mucho que hayas conseguido trepar, siempre pueden desenchufar tu clavija.

Había una pantalla mural de video con los mejores aparatos del momento, y una pared entera de videodiscos en miniatura para recordarle al ocupante actual del trono los discos de oro obtenidos por sus predecesores, solo por si no comprendía cuáles eran las reglas del juego.

Los únicos toques personales posibles eran los cambios de algún mueble y baratijas accesorias, ya que el sádico que había diseñado el despacho del presidente se había encargado de que no hubiera ninguna pared vacía en la que colgar objetos artísticos.

Billy había llenado el lugar con ese tipo de horribles sofás y sillas francesas antiguas que los decoradores utilizaban para embellecer las salas de espera de los cirujanos estéticos de las superestrellas.

El pobre Billy parecía realmente incómodo en esta última habitación de motel del poder de la industria musical, embutido en su traje azul pálido de dos mil dólares, cuando le sonrió encogiéndose de hombros como queriendo decir con cierto embarazo: ¡Qué viaje tan largo y extraño ha sido este!

Estaba al cargo de una batería a principios de los setenta, en la época en que fueron amantes. No era de los mejores, pero sí un auténtico rockero; lo bastante bueno para andar paseándose en un Porsche. Cuando los sofisticados Drumulators y los sintetizadores de percusión hicieron que los bateristas se alistaran en el gran ejército de los parados, Billy había leído lo suficientemente bien el aviso escrito en la pantalla de video para decidirse por los objetos mágicos y abandonar la batería. Consiguió uno de los primeros Vox-Boxes, se pasó al enemigo, se convirtió en productor de varios de los éxitos iniciales de VoxBox y logró entrar en el

negocio. Ahora se hallaba en la cima de la pirámide corporativa, a punto de que le arrancaran el corazón y lo sacrificaran al gran dios de la Sagrada Cuenta de Resultados, según parecía.

—Estás tan sexy como siempre, Glorianna —le dijo a modo de bienvenida.

—Tú pareces un viejo, Billy —contestó Glorianna, aposentando sus huesos lo mejor que pudo en la incómoda silla colocada frente a la mesa.

En realidad, como espécimen físico de la virilidad madura, Billy no estaba mal. Mantenía su cuerpo en forma con los mejores tonificantes metabólicos. Abonaba su gran mata de largo pelo gris plata con un caro fertilizante alemán para el cuero cabelludo y tenía el perfecto bronceado conseguido en largos fines de semana pasados en Hawai y México.

Pero, tal como John Lennon dijo en una ocasión, lo imposible de ocultar es estar mutilado por dentro.

Billy hizo un gesto de resignación y le dirigió una mirada de lechuza. Viniendo de la Vieja Loca del Rock and Roll, el presidente de Muzik, Inc. aguantaría esa impertinencia; en realidad le gustaba, como Glorianna sabía bien. Esa actitud era su mejor baza en aquellos días siniestros, con todos aquellos pobres rockeros que se habían convertido en la clase de gente que habían criticado hacía mucho tiempo. Oh, sí, podían sentirse vencedores y burlarse de ese viejo anacronismo de su prehistoria musical, pero por alguna triste razón necesitaban saber que Glorianna O'Toole todavía sentía pena por ellos.

—Bah, bueno, no envejeceré mucho en esta silla a menos que consiga algún oro de PA —dijo Billy con franqueza—. El material no está obteniendo el éxito necesario y ha bajado siete puntos del puesto en que se había mantenido durante cincuenta y dos semanas.

—Quizás haya un Dios, después de todo; y quizás Él sepa cómo hacer música.

—Anda, vamos Glorianna, *sabes* que las PAs tienen que ser el futuro de la industria —gimoteó Billy—. Esto es demasiado costoso para que no sea inevitable.

—¿Qué quieres de mí, Billy? —preguntó Glorianna—. Conoces mis sentimientos respecto a las estrellas de rock PA. El sistema no funcionará.

—¡Sí que funcionará! —insistió Billy—. Conseguí este puesto probándolo, ¿verdad? Estamos logrando cifras importantes con Lady Leather, Gay Bruce y el Velvet Cat, e incluso con Mucho Muchacho, y nadie fuera de la industria cree los rumores de que son PAs. Lo que pasa es que no he sido capaz de lograr un gran éxito, eso es todo. Tú no *quieres* admitir que podamos sintetizar una estrella de rock destacada.

Habiendo sustituido desde hacía tiempo a los músicos y a los cantantes por los magos cibernéticos del VoxBox, Musik, Inc. había centrado su atención en recortar los gastos que producía la automatización de las estrellas de rock. Recaudaban derechos de autor elevados ¿no es cierto? Eran unos egoístas incordiantes que unas veces se presentaban en las sesiones de grabación y otras no aparecían. No escuchaban a los expertos demográficos ni a los miembros del departamento de ventas; querían que los compositores a sueldo produjeran material para sus propias especulaciones. ¡Que se vayan al diablo! ¿Quién los necesitaba? ¡Reemplacémosles por Personalidades Artificiales a quienes no tengamos que pagar derechos de autor ni nos vengan con rollos de prima donna!

Los artilugios de magia estaban allí, por supuesto. Los músicos de Journeyman VoxBox habían estado sintetizando durante años sonidos básicos de programas de voz, sincronizándolos con la línea del bajo o del contrapunto; así que, en teoría, todo lo que se tenía que hacer para conseguir un cantante solista era conjugar la voz sintética con el tema instrumental. En cuanto a los personajes visibles, los PAs aparecían como estrellas en medio de los anuncios comer-

ciales de televisión, y no se podía distinguir la filmación de otra rodada con un actor de carne y hueso. Le dabas tu foto al organista y él la hacía bailar a través de bits y bytes, o incluso conseguía un PA visual de pura creación si el tipo era un purista de la cibernética.

Y lo que es más, Muzik, Inc. consiguió convertir el logro de éxitos en una *ciencia*, ¿no es cierto? Había dividido los perfiles psicológicos de la masa de aficionados en láminas demográficas, y los chicos del departamento de investigación tenían un billón de kylobytes de palabras, imágenes, ritmos, progresiones de acordes y datos inaudibles dentro de sus estructuras míticas internas. Y el departamento de ventas, sirviéndose al máximo de los clubes Muzik, de los almacenes Muzik y de MUZIK, era sin duda la Gran Máquina Segadora.

Así las cosas, ¿por qué Lady Leather, Mucho Muchacho, el Velvet Cat y el resto del equipo de Muzik, Inc. de software de PA bien trabajado no habían conseguido nunca el disco de oro ni hecho estallar las listas con un superéxito?

Si eso era un misterio para el pobre Billy y para los demás que habían olvidado lo evidente, para Glorianna O'Toole era un cristal impoluto, y nadie que tuviese necesidad de preguntar encontraría jamás la respuesta.

—Ese cínico montaje es a la realidad lo que el pan blanco al pan de centeno —le dijo ella, y le salió del fondo del alma—. Es...

—Lo sé, lo sé —suspiró Billy, adelantándose—. Es cualquier cosa menos rock and roll.

Rio, metió la mano en un cajón y sacó un espejo de plata, un tubito dorado, una diminuta navaja automática, que abrió ostentosamente, y un frasco de polvo azul. Por un momento, se quitó cuarenta años de encima y se encontró haciendo líneas para ella en cualquiera de las cien habitaciones de motel que habían compartido.

—No me he vuelto tan imbécil, Glorianna —dijo mientras dividía un montoncito del producto sintético en varias

líneas—. Sé lo que hace falta. Esa es la razón de que estés hoy aquí.

—¿De veras? —preguntó Glorianna con una expresión de inseguridad que se grabó en el espejo—. Dame un poco de ese veneno ¿quieres? Me parece que voy a necesitarlo.

Esnifó una línea de polvo, que era mucho mejor que el extracto peruano sin refinar de su juventud y madurez; lo bastante bueno para que una vieja drogadicta como ella no tuviera que preocuparse por abusar de su metabolismo tonificado a bajo precio o de engancharse de nuevo en su senectud. Suave al olfato, dulce al paladar, no adictivo y un chorro de energía para el cerebro. Justo lo que le recetó el geriatra.

—Mira, Glorianna, hemos conseguido a una de las mejores especialistas jóvenes de VoxBox que están en el negocio, Sally Genaro. Y tenemos a Bobby Rubin, que es un verdadero artista con el órgano de imágenes. Ambos han trabajado con anterioridad en discos de PA, así que sabemos que pueden hacer con los artilugios mágicos.

—Supongo que cualquier cosa, excepto música de verdad.

Billy se encogió de hombros y esnifó una línea.

—Ella es una chica gorda y bajita del Valle, y él una rata de ordenador de segunda generación —le explicó con una sonrisa forzada—. Por eso te necesitamos a *ti*.

—¿Para hacer qué? —preguntó Glorianna en tono de duda, alzando la mano en rechazo del polvo que le ofrecía.

—Para hacer que interpreten música de verdad.

—¿Qué?

Billy se reclinó en el sillón y adoptó aires de presidente.

—Por los viejos tiempos, estoy a punto de darte la oportunidad de tu vida —declaró ostentosamente.

—Apuesto a que sí, Billy —dijo Glorianna con suave sarcasmo.

—No estoy bromeando, Glorianna, te estoy ofreciendo la oportunidad de convertirte en productora. Diez de los grandes al mes. Un periodo de prueba de cuatro meses. Todo lo que tienes que hacer es que esos muchachos consigan una estrella PA del rock que obtenga dos discos de oro seguidos y te haré un contrato por tres años.

—Que te jodan, Billy —dijo Glorianna jovialmente.

—Bah, venga, no trates de engañar a un embustero. Sé que necesitas pasta, pero de acuerdo, de acuerdo, doce de los grandes al mes; de verdad que es lo máximo que te puedo ofrecer.

—¿Quieres que yo fabrique una estrella PA de rock? —preguntó Glorianna enfurecida—. ¿Quieres que recoja la porquería que han elaborado tus compositores en nómina y tus investigadores del departamento de ventas y haga que dos estúpidos genios de la cibernética la conviertan en un disco de oro? ¿Quieres que colabore en la creación de una estrella de rock de éxito que existe solamente como software?

—Lo has entendido —aprobó Billy—. Serás la encargada. Te proporcionaremos equipos de investigadores para que elijas los que quieras. Tendrás a tu disposición a cualquiera de los compositores de la casa. Puedes trabajar como te plazca. Dame una estrella PA de rock con posibilidades de éxito. No me importa cómo lo consigas.

—¿Por qué yo? —dijo Glorianna, y se encontró de pie y paseando de un lado a otro sin recordar haberse levantado—. ¡Sabes lo que pienso de las PAs, sabes que odio toda esta idea, sabes tan bien como yo que un disco sin alma no será jamás auténtico rock and roll!

—Dos de cada tres no son malos —aseguró Billy.

—¿Qué quieres decir con eso?

Billy Beldock se inclinó sobre el escritorio, empujando el polvo alineado hacia ella y prácticamente le ronroneó de la misma forma en que lo había hecho cuando siendo un joven y apuesto baterista la había engatusado para ir a la ca-